



Equipes Notre-Dame

2^{ème} Rencontre Internationale des Responsables Régionaux
2nd International Gathering of Regional Couples
2^o Encuentro Internacional de Responsables Regionales
2^o Encontro Internacional dos Responsaveis Regionais
2^o Incontro Internazionale dei Responsabili Regionali
Roma, 24-29 Janvier/January/Enero/Janeiro/Gennaio 2009

27/01/2009

«Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 22, 27).

Introducción: En primer lugar, un saludo a todos ustedes provenientes de muchos países del mundo donde están difundidos los equipos de Nuestra Señora. Vuestra presencia invita a la solidaridad con nuestros hermanos esparcidos en todo el mundo, especialmente afectados por situaciones de dolor, violencia, enfermedad, dificultades económicas, políticas, sociales y religiosas que causan fatiga y sufrimiento. Vuestra presencia es también un signo de vida y esperanza, un signo de la capacidad humana y la bondad de Dios por el mundo. Un recuerdo particular de los hombres y mujeres dispersos en lugares donde los equipos están naciendo o en vías de conocer la experiencia de la fe nacida del P. Caffarel. Nuestro encuentro quiere, de alguna manera, superar la idea de que todo gira alrededor del mundo occidental más rico, haciéndonos olvidar a los más débiles y las grandes situaciones de pobreza que están aumentando cada vez más en el mundo. Hagamos ahora una pausa para recordar las situaciones de sufrimiento, violencia, pobreza presentes en nuestro mundo y en el mundo entero. Pongámonos en pie (1 minuto).

- Las parejas: marido y mujer se dirán en voz baja el uno al otro los nombres y las situaciones de sufrimiento, pobreza y dolor de su vida personal y del mundo entero;
- Los sacerdotes cantarán Misericordias, Domine, in aeterno cantabo.

Seguirá un minuto de silencio por todos en señal de solidaridad y respecto hacia todas las víctimas de la pobreza y la violencia en el mundo.

Quiero dirigir mi atención y gratitud a todos los que se están dedicando a los trabajos para la beatificación del P. Caffarel. ¡Que pueda llegar pronto a su conclusión! Será una ayuda extraordinaria para todos nosotros, pero también para la Iglesia y el mundo responder a las llamadas del Espíritu Santo. El Equipo Responsable Internacional (ERI) ha elegido, no casualmente, para la oración y la reflexión de este encuentro, dejarse guiar por los pensamientos y las ideas tomados de la conferencia de Chantilly (P.Caffarel 1987).

Nuestro encuentro se sitúa entre Lourdes 2006 y se dirige hacia ... 2012. Son dos polos a tener en cuenta en las propuestas que voy a proponer. En primer lugar, Lourdes 2006, su mensaje, pero también la experiencia siempre viva de aquel encuentro con otros hermanos y hermanas provenientes de todo el mundo. Se nos indicó la tarea de ser, como parejas, un reflejo del amor de Cristo. La propuesta nos planteaba particularmente tres aspectos: nuestra presencia en la Iglesia, la vida y el carisma de nuestro movimiento de los Equipos de Nuestra Señora (ENS) y nuestro testimonio ante las cuestiones urgentes de la Iglesia y del mundo. Así se concluía la propuesta recordando las palabras de Juan Pablo II:

- nos invita a acoger la herencia del P. Caffarel sobre la grandeza y la belleza de la vocación al matrimonio, sobre la llamada a la santidad, vinculada a la vida conyugal y familiar, sobre la espiritualidad propia de las parejas;
- nos compromete a vivir los puntos concretos de esfuerzo con atención y perseverancia, en particular la oración personal, conyugal y familiar y la participación habitual en la Eucaristía;

- nos repite su cercanía espiritual con las personas separadas, divorciadas, y divorciadas casadas de nuevo, en virtud de su bautismo, están llamadas, si bien respetando las normas de la Iglesia, a participar en la vida cristiana;
- nos pide que despleguemos plenamente la gracia de nuestro bautismo en las misiones que nos son propias, a participar de forma cada vez más activa en la vida de la Iglesia junto a los jóvenes, especialmente durante su noviazgo y los primeros años de matrimonio;
- se nos anima a dar testimonio siempre de la grandeza y la belleza del amor humano.

Deberíamos verificar aquí cuánto de aquellas propuestas y de los otros itinerarios se han traducido en preocupación nuestra, en compromiso y vida. Es decir, ¿en qué modo han crecido los equipos allí donde vivimos? El peligro, siempre presente, es de elaborar hermosos documentos que permanecen siendo textos de biblioteca o de vivir una simple experiencia emotiva que no cambia la vida.

Nuestra mirada de partir, también, del pasado para mirar hacia el futuro sintiéndonos involucrados en un proceso de lectura de nuestra historia, de la historia del mundo y de la Iglesia, para predisponer caminos y preparar proyectos en los que habremos de invertir la energía que Dios nos ha dado. El problema de fondo no es el lugar, aún cuando su elección será de todos modos significativa, sino cómo encontrar maneras para sentirnos todos partícipes en el gran encuentro que caracteriza a nuestro movimiento. ¿Qué realidades deberíamos retomar para responder fielmente a Dios en el hoy de la historia?

¡Nuestro movimiento abarca aproximadamente setenta países! Esto nos llena de alegría, pero plantea indudablemente una nueva problemática a la cual se nos pide responder. Entre ellos el servicio en los equipos y a todos los niveles (equipos de base, sectores, regiones, superregiones...); la espiritualidad de los equipos; el testimonio en la Iglesia y en las sociedades donde vivimos. Hablo de sociedades en plural, pero debería decir quizás también iglesias en plural, sin por ello olvidar la unidad en torno al Santo Padre, pero sin olvidar lugares, culturas y expresiones diferentes de gran riqueza.

Como siempre, nos hace de guía la Palabra de Dios a través de algunas imágenes evocadoras.

1. Lucas y Juan: Jesús se ha hecho siervo. (Lc 22,27; Gv 13, 1-20).

Para un movimiento como el de los ENS, que ha elegido ser, como parejas, **el reflejo del amor de Cristo**, y de realizar el encuentro de estos días, es necesario preguntarse sobre la calidad del servicio y los servicios. La atención al amor de Cristo encuentra en los servicios que estamos desarrollando a varios niveles la expresión siempre dedicada y atenta a no traicionar la misión que se nos ha encomendado. No estamos aquí como funcionarios en una reunión de ejecutivos, sino como partícipes y corresponsables del amor de Cristo que ha sido derramado en nuestros corazones. Muchas situaciones que nos interrogan y preocupan en los equipos tienen detrás una idea de servicio no siempre correcta. Nosotros, en este tiempo que nos ha dado el Señor y por la confianza de otros hermanos y hermanas, tenemos el deber de interrogarnos sobre la calidad de nuestro servicio y del servicio en el movimiento. ¡Ha sido una llamada dirigida a nosotros en un clima de fe y de responsabilidad! Es muy diferente del poder que se ejerce en la sociedad. A través de esta llamada se nos pide que demos nuestro testimonio de amor y fidelidad a Dios, a la Iglesia y al movimiento.

- **“Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”.** (Lc 22,27). Lucas hace referencia a la discusión de los apóstoles acerca de quién era el mayor entre ellos. A continuación, recuerda las palabras dirigidas a Pedro, “¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo” (v. 31) y en las palabras sobre la "espada" (vv. 35-38). Todo esto se coloca en el contexto de la Pascua hebrea. Es decir, estamos frente a la señal auténtica del paso de Dios que nos salva, Dios pasa en la vida, en la historia de su pueblo, en la historia del mundo. Y cuando Dios pasa, salva. Allí donde se celebra la

Pascua se aprende la libertad soberana de Jesús en el donarse por amor. Se aprende a dar la vida incluso cuando se es víctima de la violencia de los demás. ¿Qué tipo de relación crea aquí Jesús con las personas que están con él? Jesús se encuentra en la mesa con los discípulos que ya amaba, con los cuales ha compartido mucho, porque los ha llamado y ellos han respondido ya con fidelidad y generosidad: *"Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo..."* (v. 28). Jesús reconoce sus méritos, porque han acogido su palabra y, sin embargo, se revelan también sus limitaciones: Judas traiciona, Pedro le reniega, y los demás se dispersarán lejos de él. En fin de cuentas, si pueden sacar dos espadas, apenas Jesús menciona la necesidad de comprar (metafóricamente) una, significa que las espadas las tenían a disposición fácilmente: no habían entendido quizás completamente el sermón de la montaña... A este punto es interesante observar cómo comienzan las palabras de Jesús en aquella sala en el piso superior, palabras que en aquel escenario nos parecen grandiosas y nos revelan ya el sentido de la pasión (v. 14): *Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más"*. Así dice, pues, Jesús: *"Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros"*. Todo lo que sucede en aquella sala (especialmente la Eucaristía), es la expresión del deseo de Jesús de estar con sus discípulos y, más profundamente, la expresión del deseo de Dios de estar con la humanidad. Su vida ha sido totalmente una vida de servicio, lo mismo que su muerte será el momento supremo del servicio: lo que leemos en Marcos (10,45) en una famosa formulación lapidaria ("El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida para rescate de muchos": Mc 10,45), Lucas lo expresa así, y precisamente en el contexto de la última cena: "Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lucas 22,27). Es el programa de Jesús ya enunciado en Nazaret (Lc 4,16-30): proclamar y mostrar el rostro de ese Dios que es feliz de estar con los pobres, los presos, los prisioneros para liberarlos. El tiempo de Jesús es el tiempo que proclama la alegría de Dios de estar con la humanidad; todos los años de su vida, todo aquel segmento de la historia que es la suya, es el tiempo necesario para proclamar de manera definitiva la alegría de Dios de estar con la humanidad, de encontrarse con "esta" humanidad, que no lo merece porque se encuentra alejada. Es en el servicio a favor de toda la humanidad que Jesús prepara a los suyos a vivir la pasión. Este acontecimiento es de gran fuerza evocadora: Jesús al servicio de la humanidad mientras vive la última cena, nos evoca ciertamente la Eucaristía, pero también nuestras reuniones de equipo. Recuerda aquellas indicaciones de Lourdes, donde fuimos invitados a estar atentos a las situaciones de los distintos equipos, pero también a los que se preparan para el matrimonio o que viven el dolor de su fracaso o de otros caminos todavía.

- **“Los amò hasta el extremo”** (Gv 13,1). Juan dedica cinco capítulos a la última cena de Jesús. Cómo nos diría el P. Caffarel, la Eucaristía es el corazón de nuestra experiencia de équi-piers, aquella cena es el corazón de toda la experiencia evangélica. *"Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"*. Es decir: todo lo que Jesús ha dicho y hecho precedentemente, Juan lo resume así: "habiendo amado a los suyos". Si queremos ser reflejo del amor de Cristo el camino a seguir es el del amor. Si del comienzo de los capítulos 13-17 pasamos a ver la conclusión, observamos cuál es la última palabra de Jesús en el Cenáculo, antes de salir hacia el Getsemaní: *"Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos"*(Jn 17,26). De nuevo el tema del amor, en este caso indicado explícitamente como el amor de Dios ¿Qué es la comunidad cristiana? ¿Qué son nuestros equipos? Son aquellas realidades que reconocen que el amor de Dios habita en ellos; han sido constituidos como una comunidad precisamente de aquella caridad que es la esencia de Dios, de aquel amor que une al Padre y al Hijo (o, como

aparece en otros pasajes al Padre, al Hijo y al Espíritu de Santo). La Iglesia como imagen de la comunidad de amor de Dios (Trinidad). Estamos bien lejos de la forma en que a veces se percibe a la Iglesia; es vista, por ejemplo, por muchos como el "lugar" donde se va en busca de un servicio religioso (una oración, un momento de consolación y de ayuda para nuestras dificultades). Hay en ello algo de verdad, pero Juan diría otra cosa muy distinta, ante todo: es la comunidad que nace de la revelación del amor de Dios y se convierte por tanto en signo de la presencia concreta de su amor en el mundo; y es el lugar donde se experimentan relaciones nuevas, vividas en el nombre de Dios, de la caridad divina. Vista la teología del matrimonio a la que recurre el P. Caffarel, podríamos decir lo mismo de los equipos. El signo sublime de todo esto es el lavatorio de los pies, que prepara el acontecimiento de la cruz. La libertad más alta que el hombre puede alcanzar es aquella que sólo Jesús puede dar: la de tomar la propia vida y ponerla al servicio. Por aquella libertad se llega a ser de tal manera dueños de la propia vida, de la propia existencia, que se pone al servicio de los demás y se pone a lavar los pies a los demás. Ésta que parece la forma de "los amó hasta el extremo", Jesús "siervo", es en realidad la forma más elevada de la libertad. En la medida en que sabemos vivir el servicio al estilo de Jesús, revelaremos por una parte su amor y, por otra, permitiremos a los pies de nuestros hermanos y hermanas, lavados por el servicio, volver a ponerse en camino libres. Equivale a decir a todos los hermanos: cualquiera que sea tu necesidad, tu condición de necesidad, de dolor, de sufrimiento, puedes contar con Dios que es siervo.

Estas breves consideraciones de textos tan ricos nos llevan a examinar y a vivir nuestro servicio con nuevos ojos. No somos funcionarios, sino elegidos para lavar los pies a los hermanos para hacerles caminar en el mundo. Esto abre en el seno del movimiento la necesidad de una investigación acerca de la calidad del servicio, pero también nuevos horizontes para nuestro compromiso en la Iglesia

2. El matrimonio, obra maestra de Dios

Dice el P. Caffarel que el matrimonio es una obra maestra de Dios y es una vía de santidad. Su reflexión sobre el sacramento del matrimonio es uno de los puntos más elevados. Su herencia ha abierto perspectivas que saben mirar lejos. Su preocupación era descifrar la realidad de la vida conyugal a la luz con Cristo. En 1959, en Roma, decía: "El matrimonio cristiano, sacramental, no representa solamente la unión de amor entre Cristo y la Iglesia, sino que hace participar a la pareja de esta unión. Quiero decir que, gracias al sacramento del matrimonio, el amor que une a Cristo a la iglesia es el mismo que une, da vida y alegría al esposo y a la esposa" (*Los equipos que Nuestra Señora, tesoro y misión de las parejas cristianas*, pág. 61). Es el aspecto esencial de la vida conyugal.

En la Biblia, la unión conyugal ha servido a los escritores sacros para simbolizar la relación de Dios con su pueblo. El Antiguo Testamento compara constantemente las relaciones de Dios con su pueblo elegido con las relaciones del esposo y la esposa, y el rasgo predominante de esta comparación simbólica es la fidelidad. Este tema ha sido inaugurado por el profeta Oseas, tomado luego por Isaías, Ezequiel y en numerosos pasajes de los salmos y del libro de la sabiduría. El desarrollo de este tema aparece en Pablo en la carta a los Efesios, que revela el sentido más profundo de la unión de la pareja: la realidad completa de la pareja y de la sexualidad remite al misterio conyugal del amor de Cristo y de su Iglesia. La unión conyugal completa, incluso en su consumación física, simboliza el misterio.

Estas son las condiciones puestas por la Biblia para que la sexualidad de la pareja adquiera todo su sentido. Estos son también sustancialmente los puntos de referencia éticos fundamentales, para que la sexualidad sea verdaderamente humana.

«Estad sometidos los unos a los otros en el temor de Cristo. Las mujeres estén sujetas a sus maridos, como al Señor.... Y vosotros, maridos, amad a vuestras esposas como Cristo ha amado a

la Iglesia y se ha entregado a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente ante su Iglesia, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así también deben amar los maridos a sus esposas como a sus propios cuerpos. Porque quien ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo. - Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. - Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia.» (Carta de S. Pablo a los Efesios 5,22-32)

«Es consolador descubrir que en cada investigación realizada con honradez se llega al fondo, a ciertos valores permanentes que pertenecen al hombre de siempre. Y es hermoso ver cómo la investigación humana se encuentra aquí con la revelación cristiana».

El recorrido que P. Caffarel ha abordado y delineado brillantemente en la citada conferencia de Chantilly, nos insta también hoy. El gran problema de los cristianos, hoy como siempre, es realizar en sí mismos y en el propio ambiente una íntima compenetración entre su cultura y el Evangelio. La línea de demarcación entre estas dos realidades no divide a los "creyentes" de los "no creyentes", ni tampoco a los creyentes "practicantes" de los "no practicantes", sino que atraviesa las mentes y los corazones de todos. Hay profesores, políticos, profesionales, que frecuentan la parroquia, que en nombre de su cristianismo tratan de cumplir escrupulosamente con sus deberes de "estado", pero que en la escuela, en la política, en la profesión, transmiten, sin darse cuenta, un cultura incompatible con su fe. ¿No ha habido tal vez en el pasado, hasta el siglo XIX mercantes de esclavos que se consideraban cristianos perfectos? Es necesario recuperar la profecía, y para nosotros es romper el muro divisorio que nos separa del mundo. Esto es particularmente difícil en una sociedad que no por nada se define "compleja", donde a menudo se pide a los cristianos que afronten situaciones nuevas y cuestiones inéditas, leyendo la realidad, en lugar de recurrir a patrones preestablecidos. En particular, los laicos, que por su colocación en el corazón del mundo son más sensibles a esta complejidad, no tienen que tener miedo de las preguntas, ni apresurarse a dar con demasiada rapidez respuestas unívocas y tranquilizadoras. A contacto con los problemas teóricos y prácticos que nuestra colocación específica en la sociedad nos hace encontrar, tendréis que ser los primeros en experimentar que «la Iglesia (...) no siempre tiene lista la solución para cada cuestión» (GS, n. 33). La nuestra, estimulados por el P. Caffarel, "busquemos juntos", será por tanto un búsqueda perenne.

En este camino, las indicaciones que vienen de la Sagrada Escritura, la tradición y el magisterio, deberán constituir una estrella polar insustituible. Pero el contexto en el que debemos movernos está constituido por la experiencia mundana, de vivir inmersos constantemente sin ningún filtro, sin ninguna defensa en el juego fragmentado y contradictorio de las situaciones contradictorias, en el cruzarse caótico de mensajes, en el frágil tejerse de las relaciones, compartiendo las emociones, la fatiga, las tensiones, pero también las incertidumbres y las dudas de los otros hombres y mujeres.

Los ámbitos de investigación y de profundización son todavía inmensos. Es necesario levantar una mirada y abandonar la idea de movimiento "jardín de infancia" para convertirse en adultos, dispuestos a dar testimonio de nuestra fe.

3. Curar el amor: los equipos al servicio del matrimonio

Nuestra tarea no es nada fácil, pero es una tarea que nos debe llenar de entusiasmo. Ello requiere verificar nuestros caminos y hacer que sea cada más una respuesta verdadera a las necesidades de las parejas de los ENS, pero también propuesta viva en la comunidad eclesial y en la sociedad. Me parece oportuno subrayar algunos ámbitos en los que conviene detenernos. Es necesario que las ciencias humanas y la fe, las experiencias que vivimos y la vida eclesial encuentren un acuerdo hecho de conocimientos, de aceptación, pero también, y sobre todo, de escucha de la verdad evangélica.

Creo que nuestra sociedad debe redescubrir la belleza del amor, pero también la necesidad de curarlo con el encuentro con Cristo médico de nuestras almas, y con la renuncia y el compromiso. Al menos de dos tipos. En primer lugar, la renuncia al exceso de narcisismo espontáneo e invadente que nos impide reconocer el deseo del otro en su originalidad. Es fácil amar en el otro una imagen soñada de mí mismo; es menos fácil aceptar que el otro me decepcione y me obligue a reconocer mi deficiencia. Renuncia, también, al propio pecado, a saber, la explotación voluntaria de este narcisismo espontáneo, la renuncia al miedo y al dominio como actitudes elegidas deliberadamente. Comenzar a amar quiere decir comenzar a sufrir, en términos cristianos «tomar la cruz», entrar en la lucha contra las fuerzas de la arrogancia que se encuentran dentro y fuera de nosotros

El amor se construye en el tiempo, a través de éxitos y fracasos. También esto es un rasgo cristiano, que nos viene del conocimiento de un Dios que nos ama de manera irreversible, manteniendo la paciencia por la lentitud de nuestros senderos inciertos y en los meandros de nuestros olvidos y transgresiones: de un amor fiel y misericordioso. Es significativo que el único matrimonio que en la Biblia se toma explícitamente como símbolo del encuentro entre Dios y la humanidad sea el del profeta Oseas con la mujer prostituta. Lo que hace que la unión entre el hombre y la mujer sea símbolo del encuentro Dios-hombre no es, en este texto, la constancia en el éxito, sino la fidelidad en la infidelidad del otro y en la dificultad de la comunicación. La duración es una prueba para la pareja, un desafío a la fidelidad; pero, precisamente por la prueba que ésta representa, la duración es una gran posibilidad, porque invita a cada uno de los dos a tener confianza en el otro tal como es, y a resistir en las vicisitudes de la vida. La duración es lo que permite descubrir que la inevitable soledad humana no es sólo una fuente de angustia, sino que es también un trampolín para lanzarse continuamente al esfuerzo de la comunicación, de la invención, de la fidelidad. El amor, de por sí tiende a durar; a durar y a ser exclusivo: los dos se empeñan en el proyecto de convertirse en «una sola carne»: se necesita tiempo, se intenta durante toda la vida.

La pareja es el lugar en el que se articulan las tres funciones de la sexualidad. En primer lugar la función de relación: la Biblia presenta la atracción sexual como aquello que permitirá poner fin a la sensación de soledad y abandono, como solidaridad en la construcción del mundo, como fuente de alegría para los dos que reconocen pertenecer a la misma «carne» (Génesis 2). En el Jardín del Edén, la norma es el reconocimiento de las diferencias, es un movimiento que la primera pareja reconoce: su diferencia sexual, la diferencia entre Dios y el hombre, la diferencia entre los frutos permitidos y los prohibidos. Cuando se desatienden estas diferencias, la sexualidad se vive mal, la relación hombre-mujer deja de ser una fuente de alegría y se convierte en fuente de violencia y de explotación (Génesis 3). En segundo lugar, en el amor debe articularse la función del placer. Es sin duda, la del placer, la primera función en el descubrimiento de la sexualidad, la más radical. La Biblia no duda, especialmente en el Génesis y el Cantar de los Cantares, en reconocer la fuerza y la belleza del eros que impregna toda relación de pareja; la antropología contemporánea, también en este caso, nos lo confirma subrayando que no es posible la expansión de la personalidad si no se otorga el lugar adecuado al placer. En tercer lugar, por último, el amor debe integrar la función de la fecundidad: la fecundidad que da vida y alegría a ambos, la fecundidad que hace a la pareja activa en la erección del mundo, la fecundidad que culmina en la obra maestra común que es el hijo. La expansión adecuada de una pareja sólo es posible a través de una integración equilibrada de estas tres dimensiones de la sexualidad.

El amor es un devenir. La pareja perfectamente realizada no existe; lo que existen son las personas, las parejas que tratan constantemente de realizarse. La regulación de la sexualidad no es nunca algo que se logra de una vez para siempre: es una tarea que no termina nunca, es una tarea que para los cristianos tiene lugar en la acción subterránea del Espíritu Santo. Para llevar a cabo a buen fin esta tarea es necesario partir de la realidad: la vocación moral, y cristiana, acoge al hombre y a la mujer allí donde están, con su organización psicosexual concreta. Dios no confunde santidad y perfección: incluso quien tiene defectos y carencias afectivas puede construir su relación con Dios, siempre que trate de superar estas deficiencias, cuando es posible. Tomar en serio y con

lucidez nuestra condición, incluso con sus límites, significa ser humildes, es decir, realistas, y capaces de serenidad, que evita dramatizar, y educa a la paciencia y la dulzura: ¿o no es acaso la serenidad la otra cara de la esperanza?

Para curar las heridas del amor creo que hay que subrayar algunos aspectos de nuestro formar equipo:

- Volver a descubrir el matrimonio cristiano; el P. Caffarel ha aprendido sobre todo de la teología paulina. Sería interesante promover en este año, dedicado al Apóstol Pablo, el conocimiento y los estudios sobre este tema. A primera vista parecen interesantes las profundizaciones que el P. Caffarel recaba de las cartas paulinas.
- La responsabilidad y el servicio. El encontrarnos aquí como responsables provenientes de diversas partes del mundo nos interroga también sobre la tarea que tenemos de servir a los hermanos (según los diferentes niveles de responsabilidad). Lo que ha sido una llamada al servicio ¿se realiza como un compromiso de servir a los otros? Algunas cuestiones que encontramos en nuestros documentos oficiales son a menudo desatendidas más por ignorancia que por mala voluntad. ¡Es sin duda una tarea delicada ésta de la responsabilidad! Por ello, nuestro movimiento lo vive como algo limitado en el tiempo, no como una carrera. Me parece útil a este respecto recordar cuánta importancia atribuía el P. Caffarel a la ayuda recíproca en la pareja, en el equipo, con los otros equipos.
- La tarea de la escucha, la vigilancia y la animación no son situaciones ocasionales. En cada nivel nuestra responsabilidad se ejerce promoviendo y solicitando a los enlaces, promoviendo iniciativas de crecimiento espiritual, humana y cultural (reuniones, retiros...).

4. La espiritualidad.

Tenemos que dedicar algunas palabras al tema de la espiritualidad. Para el P. Caffarel fue un paso esencial en la fundación y en el desarrollo de los equipos. Era ciertamente un tema poco vivido y percibido cuando las primeras parejas comenzaron su camino. Pensar en una espiritualidad para los laicos y más aún para las parejas era impensable. ¿Cuáles son los elementos constitutivos de esta espiritualidad?

Henri Caffarel afirma con fuerza que “los laicos deben definir claramente cuáles son sus medios y sus métodos, lo que constituirá la espiritualidad del cristiano casado” (Conferencia a los responsables de los equipos, 1952).

Repasando los artículos de fondo de la carta de los equipos de los primeros años, se descubren cosas interesantes. En junio de 1950, por ejemplo, el P. Caffarel da una definición de la espiritualidad: "La espiritualidad es la ciencia que se ocupa de la vida cristiana y de las vías que conducen a su plena floración". Inmediatamente después, el P. Caffarel precisa que no se trata para familias que quieren construir su espiritualidad, de huir del mundo, sino de aprender, siguiendo el ejemplo de Cristo, cómo servir a Dios en sus vidas y en el mundo. Les hace ver cómo la espiritualidad no consiste solamente en algunos pasos, tales como la oración o el ascetismo, sino que comporta el servicio a Dios allí donde se vive: en la familia, en el trabajo, en la ciudad". (P. Fleischmann). Creo que hay que subrayar algunos elementos a mi parecer típicos y fundamentales de la experiencia de equipo:

- **La participación sobre los puntos de esfuerzo – partage.** Es éste un aspecto esencial de la vida de equipo. Muchas veces se desatienden; de este modo se olvida el proceso de crecimiento espiritual y el camino de santificación en los equipos. Nuestros textos de pilotaje y formación de equipos recuerdan bien lo importante que es la participación sobre los puntos concretos de esfuerzo y, por tanto, sobre la regla de vida. A la larga, si se descuida, la reunión de equipo se convierte en una reunión de amistad o poco más. Es, en cambio, un lugar estupendo para crecer en Cristo y hacia Cristo.

- **Los dos sacramentos: matrimonio y orden.** La situación actual pone de relieve la dificultad en compartir estos dos sacramentos. A menudo nos detenemos en señalar la falta de presbíteros. Anticipando de alguna manera lo que dirá el "Catecismo de la Iglesia Católica", el P. Caffarel subraya la importancia de la unión de los dos sacramentos. El Catecismo los pone juntos, llamándolos sacramentos de la comunión en la Iglesia. Indudablemente, la falta de vocaciones sacerdotales nos hace tocar con la mano la dificultad de vivir y entender esta comunión. Cada país ha encontrado diferentes soluciones: diáconos, religiosos/religiosas, otras parejas ... Soluciones encomiables y de gran ayuda, gracias al servicio de estos hombres y mujeres. Es necesario, sin embargo, comprender mejor el significado de esta intuición del P. Caffarel. Nos daremos cuenta de que el problema no es sólo la falta de presbíteros. Nos veremos obligados a descubrir la riqueza del sacerdocio en todas sus dimensiones: el sacerdocio común de los fieles, el ministerio ordenado ... Descubriremos la realidad de nuestro sacerdocio que gracias a la Eucaristía hace que la vida se transforme en una vida eucarística.

.- **"La oración"**. Una dimensión, que es también esencial, es la de la oración. Para un hombre, como el P. Caffarel, que ha dedicado su vida a la oración y para crear una escuela de oración es algo fundamental. ¿Cuál es la finalidad esencial de nuestra experiencia? La unión con Cristo, dice el P. Caffarel. Tal unión se alcanza con la oración en toda la riqueza de esta expresión. Oración personal, comunitaria, familiar, conyugal ... Naturalmente, el vértice es la Eucaristía. La Eucaristía es fuente y culmen de nuestra vida. A ella confluyen y de ella parten todas nuestras realidades de vida: alegrías y tristezas, esperanzas y desilusiones.

Indudablemente, hay también otros valores de la espiritualidad de los ENS que debemos vivir, pero estos me parecen esenciales. La Palabra de Dios oída y meditada en el silencio nos conduce a la actitud de María y a nuestro Magnificat cotidiano.

5. Mirar al futuro

El camino que se está delineando nos mueve ahora a mirar hacia el futuro. Se abren muchos ámbitos en los que estamos llamados a confrontarnos. No podemos dar respuestas a todo; ciertamente no podemos permanecer inertes teniendo escondido bajo tierra el tesoro precioso que hemos recibido.

- **Dios: Palabra, Oración.** La relación con Dios califica nuestras relaciones. Si falta este momento de relación cara a cara con él, serán también inauténticos los momentos comunitarios. Nuestra relación con Dios no sustrae nada a la dimensión social y comunitaria. La autenticidad de la dimensión comunitaria encuentra su fundamento precisamente en la relación personal con Dios; estas dimensiones están estrechamente relacionadas. Es sumamente importante subrayarlo, porque muchas veces desequilibramos nuestra relación con Dios hacia el intimismo, o bien hacia el comunitarismo que anula o hace pasar en segundo plano la relación personal entre el alma y Dios. Pero el fundamento de la dimensión comunitaria es la dimensión personal. La autenticidad de nuestra celebración dominical comunitaria se basa en la relación personal con Dios. Si no es así, nuestras celebraciones comunitarias corren el riesgo de ser momentos emotivos, emocionales, espectaculares, tal vez incluso aburridas, porque falta esta dimensión previa personal.
- **La sexualidad.** Hay una profunda división en nuestras culturas respecto del matrimonio y de la sexualidad. Hay una corriente de opinión que aplaude lo que parece una verdadera liberación sexual en acto. Por el contrario, otra corriente, denuncia aquello que parece una terrible decadencia de las costumbres y se rebela contra la propagación dell'erotismo, de las uniones sin matrimonio, la desvergonzada propaganda en la televisión, de la publicidad, del cine. Una tercera corriente, especialmente de jóvenes, se sorprende. "¿Por qué tanto alboroto? ¿Qué les importa a ustedes si una chica y un chico están de acuerdo y encuentran placer?"

- ¡La sexualidad divide a las personas! También en la Iglesia parece que hay incomprendimientos, susurros y silencios. Y, sin embargo, es una de las realidades más censuradas, más confusas, más ideológicas, más indiscutibles; tal vez es así en todas partes porque en ningún lugar se ha parado nadie a interrogarla, relativizarla, humanizarla ... El P. Caffarel se ha parado a interrogarla y nos ha proporcionado vías para humanizarla. Sus respuestas no deben buscarse en el ámbito de lo definitivo, sino en la invitación a continuar buscando juntos.
Esta situación no es sólo de hoy. Cada crisis social significativa impone "la cuestión sexual." No la sexualidad entendida como genitalidad (ejercicio de determinados órganos del placer y de la reproducción), sino la sexualidad en sentido amplio de potencia, poder, autoafirmación. Cuando los ánimos se enfrentan y luchan en la discusión, en el juego, el deporte, la sexualidad está allí presente: por el hecho de que se trata de seres sexuados, que quieren afirmar su potencia. La investigación que abre entonces la sexualidad es la siguiente: ¿cómo es posible que personas divididas, cortadas, separadas unas de otras puedan afrontarse, ser plenamente ellas mismas en su potencia, sin suprimirse unas a otras? ¿Cómo pueden vivir juntos sin negarse, ni renegarse? Por otra parte, si la sexualidad entra en juego cuando los ánimos se dividen, está también allí cuando se unen: es aquello de lo cual parte la invocación al encuentro, a la alianza.

La investigación que abre entonces la sexualidad es la siguiente: ¿cómo pueden unirse sin confundirse? ¿Cómo pueden unirse a los otros permaneciendo ellos mismos? La palabra sexualidad deriva del latín "secare", que significa cortar. Cuando se corta se divide en dos lo que hasta entonces era una sola cosa. La unidad estaba en el origen, en el recuerdo y, por tanto, se encuentra al final, en el sueño, pero el camino de la unidad perdida a la unidad encontrada de nuevo pasa a través de la separación. En este camino, que es el camino del hombre, unión y separación van siempre juntos. El amor que hace que los hombres se unan es la unión de diferentes. Esta consideración que deriva del significado de la palabra nos hace intuir ya que el horizonte de la sexualidad es el amor, que la división hombre-mujer es un gran poder de diferenciación y unificación.

La sexualidad, tal como se presenta en la Biblia, es una vía fascinante y arriesgada. Es una dimensión constitutiva de la criatura de Dios: « Dios creó al hombre a su a su imagen: macho y hembra los creó» (Génesis 1,27). No es, por tanto, una realidad trivial, secundaria, algo añadido a una naturaleza humana asexual; es una dimensión radical de la existencia personal y social. Por eso, el modo de regular la vida sexual es muy importante para la humanización del hombre; la sexualidad bien vivida puede contribuir a construir el hombre y la mujer, mal vivida puede arruinar la vida y la humanidad de los dos. Por eso, la sexualidad es un lugar obligado de fidelidad al plan de Dios, es un paso decisivo de la relación con Dios. Esta valorización de la sexualidad se contraponen a ciertas corrientes actuales que quisieran trivializar la sexualidad y el ejercicio genital y declarar indiferentes los comportamientos sexuales. La sexualidad, en cambio, compromete a toda la persona: San Pablo reprendía a algunos Corintios por querer reducir la actividad sexual a gesto indiferente, como el comer y el beber, mientras que la sexualidad es una función del "cuerpo", es decir, de la persona en su totalidad concreta: la relación sexual no es un gesto superficial periférico a la persona, sino que involucra al hombre entero (1 Corintios 6,16 ss.). Por otra parte, la sexualidad desempeña también la función de unir profundamente a las personas, para hacer de ellas una sola "carne" (Génesis 2,24).

Se ve, por lo tanto, cómo se ha de entender la sexualidad según la perspectiva bíblica: es una fuerza que afecta a todos los aspectos de nuestro ser. Mientras la genitalidad es aquella esfera de nosotros mismos que está ordenada al placer y la

procreación, la sexualidad comprende toda la afectividad humana, es todo el ser-hombre y el ser-mujer en cuanto diferentes y complementarios. La sexualidad es aquella dimensión rica y profunda de nuestra personalidad, que nos permite realizarnos entrando en comunión unos con otros. Esta es una afirmación central de la Biblia y es una condición radical del cristianismo: la sexualidad, la pareja y la familia no constituyen la totalidad de la vida del hombre y la mujer. Al igual que todas las demás realidades terrestres, como el dinero, el poder, la vida en esta tierra, la pareja se caracteriza por la relatividad de la criatura y la relatividad evangélica. La sexualidad es, desde la creación, relativa a la cultivación del jardín, a la construcción del mundo (¿se podría decir a la moral entendida como amor de todo lo humano del hombre?); y la sexualidad es, en el encuentro con Jesucristo, relativa a la búsqueda del Reino.

Esta relatividad explica dos afirmaciones aparentemente sorprendentes del Nuevo Testamento: el reconocimiento del celibato como otro modo de vivir la vida sexual; y la llamada a abandonar, en vista del Reino, el padre y la madre y a no absolutizar los lazos con el cónyuge y los hijos. La familia no es secundaria, pero está en segundo lugar con respecto a la solidaridad que exige el Evangelio con el Señor y por lo tanto con los pobres y los oprimidos. La realidad sexual es una realidad abierta sobre algo más vasto respecto a la familia: el Reino de Dios y la justicia o su plan sobre el mundo. El sueño de una pareja refugio, una pareja nido, tan arraigado en nuestra época, está desarraigado en la base de la llamada de Cristo y de la luz que arroja sobre la sexualidad humana. El placer, la fecundidad, la relación interpersonal son realmente humanas y humanizantes si se ordenan a la búsqueda de un mundo que se ajuste al plan de Dios, es decir, un mundo que ama.

- **La ley de la sexualidad y del amor.** Esta frase tiene el peligro de que sea mal entendida, si con la palabra «amor» se quieren indicar sólo los sentimientos amorosos; estos son importantes, pero no bastan para definir el amor. Subrayemos algunos rasgos que caracterizan el amor entre el hombre y la mujer. El amor promueve las diferencias. Esta afirmación que es confirmada por las ciencias humanas, se desprende de muchas descripciones bíblicas y especialmente de la historia bíblica que describe el primer acto de amor de Dios: la creación. La creación se presenta en el Génesis, como un acto de separación; hacer que exista la vida consiste, para Dios, en separar un caos indiferenciado: Dios separa el cielo y la tierra, el día y la noche y, en el culmen, el hombre y la mujer. Será, por tanto, humano, obediente al acto creador, todo comportamiento sexual que favorezca la separación, la identificación y la promoción del otro, que se niega a colocarse en un mundo fusional indiferenciado, que acepta la diferencia entre el hombre y la mujer, entre padres e hijos, entre el pasado y el presente, entre el hombre y el mundo, entre los sueños y la realidad. Amar quiere decir vivir de modo que se conozca el deseo del otro por lo que es y no por lo que yo quisiera que fuese. Se trata de «alterizar» al otro y no de alterarlo, de reconocerlo haciendo que sea cada vez más él mismo. El amor es respetar al otro, buscar la comunión en la diferencia.
- **Mundo: pobreza, internacionalidad, precariedad, solidaridad.** Hay realidades que llaman a nuestras puertas. "Rezamos por la venida del reino de Dios. Esperamos un mundo donde las personas no mueran prematuramente a causa de la pobreza, mientras que el sistema económico del mundo de hoy agrava la situación de los pobres y acentúa las desigualdades sociales. Hoy en día la comunidad mundial debe hacer frente a la creciente precariedad en el trabajo y a sus consecuencias. La idolatría del mercado es el beneficio, como la avidez de dinero según el autor de la carta a Timoteo, aparece como "la raíz de todos los males". ¿Qué pueden y deben hacer las iglesias, en este contexto? Miremos al tema bíblico del jubileo que Jesús evoca para definir su ministerio. Según el texto del Levítico (Lv 25,8-14) durante el jubileo debía proclamarse la liberación y, los inmigrantes por motivos económicos podían regresar a sus hogares y sus familias; si

alguien había perdido sus bienes, hubiera podido vivir modestamente como residente extranjero. El dinero no podía prestarse para obtener intereses, ni dar alimentos con fines de lucro. El jubileo implicaba una ética de la comunidad, la liberación de los prisioneros y el regreso a sus hogares, el restablecimiento de los derechos financieros y la cancelación de las deudas. Para las víctimas de las estructuras sociales injustas, esto significaba el restablecimiento de la ley y de sus medios de subsistencia. Al contrario, la lógica del mundo de hoy, en el que poseer más dinero "es visto como el más alto valor y el fin de la vida, sólo puede traer la muerte. Como iglesias estamos llamados a contraponernos a todo eso, viviendo juntos en el espíritu del jubileo bíblico, sirviendo a Cristo, y proclamando este evangelio. En la medida en que los cristianos experimentan la curación de sus divisiones, se vuelven más sensibles a otras divisiones que hieren a la humanidad y a la creación”.

He querido incluir este texto tomado de la "Semana de oración por la unidad de los cristianos" para animarnos también a nosotros mismos a recorrer caminos atentos al hombre y a la historia, pero también al camino ecuménico ya vivido en muchas realidades de nuestros equipos.

6. Un icono para proponer un camino: El samaritano (Lc 11,25-37)

Para encaminarnos hacia una conclusión pongo ante nuestros ojos la parábola del Buen Samaritano. La parábola nace de una pregunta sobre el mandamiento más grande: El amor a Dios y el amor al prójimo y luego sobre el escriba que trata de comprender quién es el prójimo. La respuesta de Jesús invita a mirar, meditar la parábola y a llevarla a la vida: el prójimo eres tú cada vez que te haces prójimo a un hombre que te necesita. Quiere decir que el hombre que necesita ayuda es aquel que te regala la posibilidad de amar. Estos nos lleva a nuestra casa con el esposo, la esposa, los hijos/hijas, los vecinos y el extranjero.

Quiero instar a cada uno de nosotros, mientras nos preparamos para el próximo encuentro internacional a conjugar los verbos y las acciones que realiza el buen samaritano::

- Ver
- Sentir compasión
- Acercarse
- Vendar las heridas
- Untar con aceite y vino
- Cargar sobre el caballo (cabalgadura: trabajo, historia, dones de Dios en la vida)
- Llevar a una posada
- Cuidar
- Dar dos denarios: amor a Dios y amor al prójimo
- Partir

Conclusión

Al término de esta conversación, creo que no me corresponde a mí sacar las conclusiones. Que cada uno, solicitado por la parábola del Samaritano, ya no se pregunte "¿quién es mi prójimo?", sino "¿quién ha sido prójimo de aquel hombre?" Es inútil ya preguntarse quién pertenece a la categoría de "prójimo", está claro que el verdadero problema es: hacerse prójimo. El problema no reside en quién tiene derecho a mi caridad, sino que reside en mí: ¿cómo puedo llegar a tener siempre en mí esta misericordia (v. 37) que aclara que me incomode por los demás, sin mirar en la cara a nadie, tal vez sin conocer siquiera el nombre de "aquel hombre" a quien he ayudado?

Es el trabajo que nos espera: el Espíritu Santo nos llama a ser en el mundo testimonios del amor y del matrimonio siguiendo los pasos del P. Caffarel. Tratemos de identificarnos en los diferentes personajes:

- con el sacerdote y el levita para evitar su forma de reaccionar,
- con el samaritano para asumir su estilo,

- pero también, y sobre todo, con el maltrecho: también el doctor de la ley se encuentra, de hecho, en situación de necesidad, también nosotros nos encontramos en necesidad; y ¿quién será entonces nuestro buen samaritano? La parábola deja aquí intuir una respuesta que ha sido muy explotada en los primeros siglos del cristianismo, por los padres de la iglesia: nuestro buen samaritano es Cristo mismo. Es Él el primero que nos ha encontrado heridos y nos ha socorrido, es Él el cordero que quita los pecados del mundo.

Tocamos aquí entonces el punto más profundo de nuestra vida: si a nosotros se nos ha dado la oportunidad de ir al encuentro de otros, para realizar un servicio, ¿ha sido porque antes Otro a venido a nuestro encuentro! Y si, como creyentes queremos tener la fuerza de ser buenos samaritanos, tenemos que meditar mucho sobre cuánto ha hecho por nosotros el Señor Jesús, el Buen Samaritano enviado por el Padre.

Así reza una de las oraciones que se recitan en el Misal: *Es verdaderamente bueno y justo alabarte y darte gracias, Padre Santo, en cada momento de nuestra vida, en la salud y la enfermedad, en el sufrimiento y la alegría, por Cristo tu siervo y nuestra Redentor. En su vida mortal Él pasó haciendo el bien y curando a todos aquellos que eran prisioneros del mal. Todavía hoy, como buen samaritano viene junto a cada hombre herido en el cuerpo y el espíritu y derrama sobre sus heridas el aceite de la consolación y el vino de la esperanza. Por este don de tu gracia, incluso la noche del dolor se abre a la luz pascual de tu Hijo crucificado y resucitado.*

Por ello, también nosotros, mirando a cuanto nos espera, nos ponemos bajo la protección de María, mujer del futuro, para planificar, según su ejemplo, nuestra fidelidad a Dios.